

### XXIII

Visita al general Ord.—Su familia.—Paseo vespertino.—  
Encuentro con M. Reve.—El Album de M. Reve.—El  
Sr. Leal.—En el campo.—Adioses.—El Dr. Cupples.—  
Otra tertulia.

UNO de nuestros primeros cuidados al siguiente día de la comida en la casa del doctor, fué corresponder sus visitas al Sr. General Ord, persona que, como he dicho, había tenido la bondad de buscarnos dos distintas ocasiones.

Nos informamos de que era muy madrugador y de que la hora más cómoda para recibir en su casa, eran las nueve de la mañana.

La habitacion del General Ord distará de *Minger-Hotel* cosa de cien pasos. Está situada la casa en un verde prado y tiene su pórtico, sus ventanas con sus celosías verdes en sus dos pisos, sus amplios corredores sombreados por

tupidas enredaderas, y los adornos rústicos á que son muy afectos los americanos.

Apénas anunciamos nuestra visita, cuando salió el mismo General á recibirnos, llevando de la mano á una preciosa niña de doce años, esbelta y ligera como una cervatilla, vestida de blanco y sus anchos listones azules flotando, pendientes de su sombrerillo de paja.

Saludó el General en inglés á Gomez del Palacio; yo fui saltando con mi ignorancia, como lo tenia de costumbre.

Entramos á un fresco saloncito con vistas al campo; en el centro del saloncito, en una mesa, habia grandes álbums, al fondo un hermoso piano.

Presentónos el General á su señora, alta y airosa matrona, que jugaba con otra niña risueña y traviesa.

La señora entabló conversacion con Gomez del Palacio, muy agradablemente, y yo tuve ocasion de retratar á mi sabor al General Ord.

Es el General de mediana estatura y configuracion común, el pelo entrecano y caido sobre la morena y modesta frente, la nariz roma, la fisonomía semi-redonda.

Hay al frente de la casa de Correos, un sastre á quien todos llamamos el maestro Lima, que tiene perfecta semejanza con el General Ord.

Grueso chaqueton azul envolvía su busto hasta muy abajo de su cuadril; su pantalon era de dril blanco con pronunciadas rodilleras; su sombrerillo de paja con su liston negro.

—Sr. General, le dije, vd. sabe español y no es justo que me haga tartamudear este inglés, que me va á producir una enfermedad de garganta.

El general rió de buena gana, y primero fingiendo sor-

presa y despues desembarazado y alegre, empeñó conmigo su conversacion.

El General Ord es reposado y frio; su instruccion me pareció profunda y variada, y en cuanto á sus conocimientos históricos, me complació la exactitud de sus juicios.

Gomez del Palacio se habia captado el cariño de las niñas, y la señora le trataba como á un antiguo amigo.

Propuso el General que almorzásemos juntos en nuestro hotel, que era donde asistian á su familia, y allá nos dirigimos en alegres pláticas.

Francisco tomó á la señora del brazo, y el General y yo los escoltamos.

Entónces aventuré con suma precaucion algunas palabras sobre nuestra frontera: por lo poco que hablamos conocí que el General estudia perfectamente la cuestion que le está encomendada, conoce todos los vados del rio, los accidentes del terreno, los jefes de los indios, y uno á uno los habitantes de los ranchos que colindan con el rio.

De nuestros generales, de sus costumbres, de sus relaciones, tiene abundantísimas noticias, aunque cuida con suma sagacidad de no dar á sus estudios otro carácter que meras indagaciones conexas con su carácter militar.

Sobre algunos puntos me pareció su juicio parcial, y con una imprudencia de que me arrepiento, le dije:

—No hay indios ni bandidos, señor General; hay política, hay tierras, hay zona libre, hay *géneros de algodón*, y hay intereses . . . . y no derechos.

El General, riendo, pero un tanto contrariado, me dijo:

—Hábleme vd. de soldado . . . . de soldado . . . .

—Pues, paso redoblado . . . . y á almorzar.

Fué muy agradable nuestro almuerzo: la familia nos ofreció su casa con estimación particular, y quedamos en vernos otra vez ántes de partir.

En la tarde de ese día procuré aislarme: pretendía como reconstruir con mis recuerdos el tiempo pasado; quería, por uno de esos artificios frívolos del dolor, recorrer los mismos lugares que en otros tiempos, evocar las propias ideas y esperar que un soplo de resurrección me devolviese los objetos que ha perdido para siempre mi corazón.

Cuando el tiempo deja en pié la ruina; cuando sobreviven la piedra y el árbol, como que quedan seres á los que interrogar por el pasado: es el cadáver dando testimonio de la vida que pasó; pero cuando todo desaparece y se sustituye en metamorfosis imposible, entónces el muerto es quien presencia esa fatal evolución; es la renovación completa de otros seres, de otros edificios, de árboles pobladores de los ántes desiertos campos; el contrasentido lo formamos nosotros, el advenedizo es ese viajero de otra capa geológica del tiempo, á quien recibe con indiferencia este mundo, en que no tenemos sino una representación inconsecuente.

Así es la vejez, y ella, no mi persona, parece pasear por aquellos lugares transformados. Tomé, entre estancias con jardines, entre calles de árboles gigantes, el rumbo solitario, en otro tiempo, de una tristísima llanura, al norte de la ciudad.

No existía la llanura; amplio camino limitado por las cercas de los sembrados, me condujo al lugar en que tenía cos-

tumbre de sentarme en 1866, y donde confiaba á Dios y al espacio las hondas tribulaciones de mi alma.

El lugar á que me refiero está á dos millas poco ménos de la ciudad.

En aquel sitio, entónces de soledad grandiosa, al frente de horizontes que permitían vislumbrar el infinito, dejaba como flotar mi espíritu en esa voluptuosidad del ensueño, en que parece que nos arrullan cantos de otros mundos, que nos ofrecen sonriendo la inmortalidad.

Me sacó de mi meditación el galopar lejano de un caballo, cuyo jinete tenía el aspecto de los rancheros de mi país; aquel hombre llamó mi atención, y la llamó más, porque se dirigía resueltamente á mí. Acercóseme, en efecto, me preguntó mi nombre, se lo contesté; puso en mis manos una carta, leí el sobre, y cuando levanté los ojos, el hombre había desaparecido. Después supe que era dependiente de un amigo mexicano que tenía un rancho á tres leguas de San Antonio.

Abrí curioso mi carta, y contenía otra de México; la desdoblé ansioso y cayó un papelito al suelo, papelito que yo recogí.

Eran unos signos, que no letras, de una mano idolatrada, inciertos, borrados con lágrimas; eran los últimos adioses de mi santa madre, que había muerto levantando su cabeza adorada para oír mis pasos. . . .

No, no es posible que renueve aquí aquel momento de dolor infinito; me siento herido del espectáculo de mi angustia. . . . .

Las moradas campestres sonreían á lo léjos blanqueando

entre los árboles, feraces sementeras con sus matices de esmeraldas y oro, se tendían en los campos con pompa risueña, los ganados se congregaban con sus mil sonoros ecos, para descansar en sus establos, y pura y silenciosa en el cielo de Occidente, la estrella vespertina brillaba en el cielo como simbolizando el recuerdo sagrado de la mujer de cuyas entrañas recibí la vida.

Contra uno de los postes de uno de los cercados, coloqué mi cartera, saqué mi lápiz, y tracé los versos que siguen, como quien deja una flor, después de besarla reverente, sobre un sepulcro querido. Dicen los versos :

### A MI MADRE.

Madre, mi santa madre, mi luz de aurora,  
Mi linfa trasparente de fuente pura,  
Bendición de mi vida, reina y señora  
De mi ternura.

Estrella de mi cielo de dulce niño,  
Regazo en que sonriendo quieto dormía,  
Búcaro de azucenas para el cariño  
Del alma mía.

De Dios sobre tu frente miré el reflejo,  
Apacible brillando sobre mi cuna,  
Cual matutina estrella sobre el espejo  
De la laguna.

Contra tí me abrigabas en el tormento,  
Tu pecho haciendo escudo de mi cabeza,  
Arrullo enamorado, flor de contento  
De mi pobreza.

¿Oyes, madre, estos ecos en que suspira  
El canto que los otros esto creyeron?  
Son tus besos que vibran sobre mi lira,  
De tí nacieron.

Tú me viste de hinojos, Virgen del cielo,  
Balbutiendo sus preces en tu presencia ;  
Tú eras límpido arroyo cruzando el suelo  
De mi inocencia.

Mi amor, mi linda madre, ¿por qué en tu pecho  
Hirió sin que lo viese la fatal suerte . . . ?  
Tendiéndome los brazos sobre tu lecho,  
Te halló la muerte . . .

Perdon ! yo dí á tus canas luto y quebranto,  
La hiel de mis pesares fué tu bebida :  
¿Lo ves ? sufro el castigo . . . mira mi llanto,  
Madre querida.

Sola, sin mí luchando con el ahogúo,  
Del morir doloroso con voz doliente,  
Delirando clamabas : "Deja, hijo mio,  
Besar tu frente."

Ampárame piadosa, mis pasos guía,  
Veme por tí de hinojos, madre y señora;  
Y contigo en los mundos de eterno día,  
Mire la aurora . . . !

La caída de las sombras, no me permitió continuar.

En una tabaquería de la calle principal, abrí, por la bondad de amigos mexicanos, el despacho de los recuerdos de la crónica y de la guerra.

M. Suvervielle, á quien ya conocemos y á quien todo el mundo llama D. Antonio con la mayor familiaridad; M. Poincart, picante y decididor; Elliot, bebedor empedernido de cerveza; Leal, amante de México como pocos, armábamos grescas de hundirse el mundo.

A ese punto regresaba despues de mi paseo vespertino; pero ántes de poner el pié en el quicio de la puerta, me asió de los brazos, como con dos tenazas de hierro, un personaje al que voy á tener el honor de presentar á mis lectores.

Trátase de un hombrecillo de quien de pronto no se pueden descubrir sino dos ojos de azul de cielo, que se ven como claros de firmamento entre desgarradas nubes, y echo mano de la comparacion porque no sé cómo describir una cara llena de manchones y calados de tizne, en la que lo único que alcanza claridad, son los ojos.

De debajo de un retruécano de fieltro, que llamaremos sombrero, desgobernado y caído por todas partes, se des-

cuelgan, danzantes y haciendo columpio, guedejas de blancos cabellos.

El cuello, que tiene el aspecto de un clarín boca arriba, está triunfante de dos picos que han salvado los límites de una pechera de cuero, sosteniendo la existencia oculta de la camisa.

Velludos brazos al descubierto, pretina insuficiente dejando en huelga el abdomen, zapatazos de aplanar losas, con la punta hácia arriba, y el tacón avergonzado cubriéndose con la planta.

Tal es mi amigo, frances de origen, maquinista famoso, adorador de Víctor Considerand y de Alfredo de Musset, mi íntimo amigo desde 1866 y hombre de capacidad privilegiada.

—Este es el plagio, M. Guillermo, y vd. viene á tomar la *goutte* conmigo, á mi pobre casa, que vd. conoció, á la orilla del río, á dos pasos de su hotel.

—M. Rève, (así llamaba yo á mi amigo por lo soñador y por lo ideal), allá voy; pero aviso primero á Francisco.

—No, amigo mio, nuestros amigos esperan impacientes, y sobre todo, mis niñitas que he mandado que no se acuesten hasta que vd. las conozca y les dé su beso de bendicion.

—En marcha; M. Rève, en marcha, y no necesitaba vd. tanto para derretir mi corazón de mantequilla. Veamos á mi linda paisana (porque de México es la hermosa señora de M. Rève), que me conozcan las chicas, les haré suertes y les contaré cuentos, y nosotros, dije tarareando *La Descente aux Enfers* de Beranger

“Tant q'on le pourra, l'arrette

“On se damnera lariza,